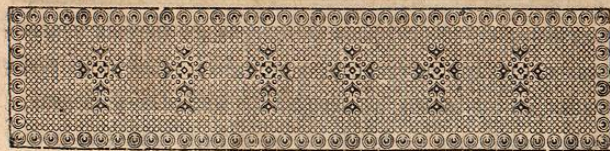
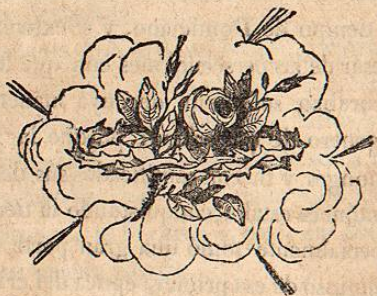


co ó en secreto el arrianismo. Permaneció el Egipto bajo la dominacion de Bizancio hasta que el califa Omar se apoderó del pais, en el que se mantuvo la autoridad de sus sucesores; pero hácia el año de 1171 estableció el famoso Saladino el imperio de los mamelucos. Los descendientes de este príncipe tuvieron reinados gloriosos, y aun extendieron los límites del imperio, hasta que por fin recibió la ley de Selim emperador de los turcos, bajo cuya dominacion se ha conservado por medio de los bajás. En tiempo de las cruzadas de Palestina, tuvo tambien el Egipto motivo de mezclarse en aquellas campañas; pero solo hablaremos de la de S. Luis rey de Francia.



CAPÍTULO XIII.

DESEMBARCO DEL EJÉRCITO FRANCÉS EN EGIPTO.

Los primeros objetos que se presentaron á la armada francesa al acercarse á tierra, fueron dos grandes ejércitos; uno, con multitud de navíos y galeras, defendia la embocadura del Nilo, y el otro cubria la ribera del mar para oponerse al desembarco, que sin embargo resolvió efectuar el rey S. Luis. La mayor parte de los caballeros y soldados se traspordaron de las naves á las barcas planas y chalupas. La bandera de S. Dionisio, ó la oriflama estaba enarbolada en el buque que precedia á todos los que acompañaban al rey. Hecha la señal, todo se puso en movimiento, y los arqueros y ba-

llesteros no cesan de hacer descargas de flechas y ballestas contra los sarracenos, y cuando las barcas se ven baradas en los bajíos, se arrojan los soldados á la mar, forman batallones en la playa, se cubren con sus broqueles, y avanzan contra el enemigo enristrada la lanza. Una de las primeras lanchas que llegaron á la ribera, era la que llevaba la oriflama ó estandarte real. S. Luis que á todo atendia, no bien hubo visto el estandarte flotando ya en tierra firme, cuando sin esperar á que su bote estuviera bastante aproximado á la orilla para desembarcarse, se echó á la mar (cuya agua le daba hasta los hombros) colgado el escudo á un costado, con el morrion en la cabeza y en la mano la espada; lo mismo hicieron todos los caballeros, y el ejército se formó en batalla en medio de las olas.

Rechazados los sarracenos por las primeras tropas que desembarcaron en la ribera, se llenaron de terror al ver al ejército cristiano que marchaba contra ellos en buen orden, y con el rey á su cabeza. Desde este momento se debilitó su resistencia, y bien pronto se pusieron en fuga, dejando entre los muertos en el campo de batalla al gobernador de Damietta. Fué tan completa su derrota, que no pensaron siquiera en cortar el puente de barcas, por el que podian los franceses entrar en la ciudad, y fué tal la consternacion que los fugitivos esparcieron en ella, que sus habitantes no tuvieron mas recurso que llevarse sus bienes mas preciosos, y salvarse, despues de entregar sus casas á las llamas.

No se portó mejor la armada egipcia, pues subió el

Nilo con tanta precipitacion, que fué imposible darle alcance.

Imprudencia del conde de Artois.--Despues de permanecer muchos meses en la ciudad de Damietta, donde entraron los franceses sin un tiro, el rey dirigió su marcha hácia el Cairo, capital de Egipto. Mas en el paso de un brazo del Nilo en 1250 tuvo S. Luis el dolor de perder á su hermano Roberto, conde de Artois que mandaba la vanguardia. No bien hubo este príncipe atravesado el rio, cuando sin aguardar al resto del ejército, y á pesar de la promesa que hizo al rey de no trabar combate con los sarracenos acampados á la orilla, avanzó á la cabeza de algunos caballeros, y se puso á perseguirlos. Los dos Grandes Maestros de los templarios y de los hospitalarios le gritaban diciéndole que esta fuga era un ardid, de que estos pueblos tenian costumbre de usar delante de sus enemigos; mas como el príncipe llevado de su ardor, no hacia caso de esta observacion, los caballeros no queriendo que se les imputase la muerte del conde de Artois, se arrojaron con él sobre los sarracenos.

Sorprendidos los infieles de un ataque tan imprevisto, abandonaron su campo, se retiraron á la ciudad de Masoura, y no se reunieron sino cuando se hallaron tan distantes de los franceses que no pudieron verlos. Facardin, general del ejército sarraceno, murió en la accion, y nada faltaba á una victoria tan feliz, si el conde se hubiera contentado y moderado su ardor; pero persiguió al enemigo á toda brida, y viendo medio

abandonada la ciudad de Masoura, atravesó por ella á pesar de las reconvenções del Gran Maestre de los templarios. En vano le representó este viejo guerrero que solo se debía aquella ventaja á un terror pánico, y á la persuasión en que estaba el enemigo de que todo el ejército cristiano habia pasado el brazo de Nilo, y se habia hallado en el combate, y que si se seguía el alcance, reconociendo el corto número de tropas que los hacían huir, se reunirían de nuevo, volverían al ataque y los envolverían por todos lados. Recibió este aviso el joven príncipe con el orgullo que le inspiraba la victoria que empezaba á lograr.

Guillermo Larga-Espada, conde de Salisbury, señor inglés, que habia acompañado al rey de Francia, también procuró calmar la efervescencia del conde de Artois: „Pienso, le dijo en tono respetuoso, que ningún partido mejor podeis tomar que seguir el consejo de un personaje tan virtuoso, y de un capitán tan hábil como lo es el Gran-Maestre. Jamas se deshonran los jóvenes cuando se fian de un hombre de su edad y de su mérito.” Guillermo fué tratado con la misma insolencia y desprecio que lo habia sido el Gran-Maestre. „¡O príncipe, replicó prontamente el conde de Salisbury, yo os protesto que hoy me adelantaré tanto hácia los enemigos, que vos no os acercaréis siquiera á la cola de mi caballo.” Al decir estas palabras, el príncipe inglés arremetió como un furioso, y el conde de Artois se precipitó detras de él seguido de su caballería y de las órdenes militares.

Muy pronto percibieron los fugitivos el corto número de sus vencedores: se replegaron, volvieron caras y cercaron por todos lados á Roberto y á sus caballeros. El joven príncipe encerrado en la ciudad de Masoura se defendió largo tiempo en una casa donde se habia parapetado; pero por fin fué asesinado con cuantos se habian refugiado allí con él. Los demas franceses atacados en las calles sucumbieron bajo las piedras, el aceite hirviendo y las flechas que arrojaban sobre ellos desde lo alto de las casas. Perecieron en esta empresa desgraciada, además del hermano del rey, el conde de Salisbury, Raoul, Roberto de Vert que llevaba la bandera de Inglaterra y que al morir se envolvió en ella, mas de trescientos caballeros de su comitiva, doscientos cincuenta templarios, y siete mil doscientos soldados. El Gran-Maestre llegó por fortuna á escapar, pero perdió un ojo.

Valor de S. Luis.—El resto del ejército cristiano acababa de pasar el río á las órdenes del rey. Contando los infieles con una victoria segura, despues de la derrota de Artois, vinieron todos á atacar á los cruzados: eran aquellos tantos, que hubieran podido cercarlos completamente, si no tuvieran á la espalda el río. El ataque fué tan vigoroso, y arrojaron tantas flechas, que algunos soldados cristianos sobrecogidos de un terror pánico, abandonaron sus filas y huyeron hácia al río en que se ahogaron. La habilidad y sabias disposiciones del rey restablecieron el orden; pero como el combate era tan largo como sangriento, S. Luis irritado de tan-

ta resistencia de parte de los sarracenos, se precipitó con intrepidez en lo mas espeso de los batallones enemigos á la cabeza de los señores y caballeros que formaban su comitiva, y se avanzó solo, en medio de mil enemigos que lo dejaron cortado de su guardia.

A la nueva del peligro del rey, debido á su valor temerario, volaron á su socorro el condestable de Beaujeu y Joinville, pero no sin tomar todas las precauciones que saben los capitanes sabios y prudentes. El bravo Joinville recibió cinco heridas, y su caballo veinticinco. El ejemplo del rey y el riesgo que habia corrido inflamaron de modo el valor de la tropa, que despues de sostener por muchas horas los esfuerzos de un ejército infinitamente mas numeroso, lo obligaron al fin á retirarse despues de una pérdida considerable, y á dejarles el campo y todas las máquinas de que se habia apoderado el conde de Artois al principio de esta jornada.

Mandaba entónces á los sarracenos Bendocdar. Este general que habia reemplazado á Facardin era hombre lleno de valor, de destreza y de actividad. Desde el tercer dia, sin desalentarse, y sin dejar á su tropa descansar, resolvió aun otra vez probar la suerte de las armas. Para animar á sus soldados, hizo llevar por todo su campo en la punta de una lanza, la cota del conde de Artois, sembrada de flores de lis de oro, y anunciar al propio tiempo que aquella cota habia sido del rey mismo, quien quedó muerto en el campo de batalla. Tambien hizo publicar que el ejército cristiano

estaba sumergido en tan profunda consternacion por la muerte de aquel príncipe, y de tantos bravos guerreros que habian perdido, que seria muy fácil vencerlos, si se les atacaba inmediatamente en sus atrincheramientos. Le surtió perfectamente tal estratagema; y todo el ejército inflamado de un nuevo ardor, pidió á gritos que se le condujera al combate.

Por fortuna, avisaron á S. Luis sus espías que se preparaban los sarracenos á darle nueva batalla. En este combate, que no fué ménos sangriento que el anterior, y en que la victoria estuvo de parte de los franceses, salvó el rey con su propia mano á su hermano el conde de Anjou que iba ya á quedar prisionero de los sarracenos. El conde de Poitiers que era tambien hermano de S. Luis fué asimismo arrancado de manos de los infieles; á los vivanderos y asistentes de su seccion, se debió esta gloria, porque aquellos valientes se echaron con admirable valor en medio de los enemigos, se arrojaron sobre los que se llevaban al príncipe, lo libraron y lo condujeron en triunfo á su batallón que acababa de reunirse.

Retirada de los cruzados.—Despues de esta victoria, el rey cuyo ejército se debilitaba de dia en dia, se halló incapaz de sostener los esfuerzos del enemigo. No quedaba otro partido que tomar, que abandonar el campo y retirarse á Damietta, para aguardar allí nuevos refuerzos, y reponer las tropas fatigadas de tantos combates; pero en vez de esta prudente resolucion, prefirió S. Luis quedarse en el campo toda la

cuaresma. En este intervalo de dos meses, el sultan Almoadan llegó á Masoura á la cabeza de un poderoso ejército que reunió en Siria. Su presencia en Egipto reanimó el valor abatido de los Sarracenos, y fué el principio de todos los desastres que alligieron al ejército cristiano.

El primer azote de que tuvo que defenderse fué una enfermedad contagiosa: al contagio se añadió el hambre, á consecuencia de la pérdida de los convoyes que cayeron en manos de los sarracenos. Para colmo de tantas desgracias, el rey mismo fué atacado de la enfermedad que afligia casi á todos los señores y soldados del ejército. Entonces se pensó en una retirada casi impracticable con tropas poco numerosas y debilitadas. El rey que conocia, aunque tarde, la gravedad del peligro, no quiso levantar el campo hasta obtener del sultan la paz ó una tregua; pero habiendo este exigido que se le entregara el rey como garantía del cumplimiento del tratado, los comisionados franceses indignados de pretension tan insolente, se retiraron jurando que se dejarían hacer pedazos ántes que entregar la persona de su rey. El 5 de abril comenzó la retirada del ejército: embarcaron desde luego á los enfermos en buques del Nilo: el resto de las tropas tomó el camino de tierra, y el rey se puso á la retaguardia que mandaba Gacher de Chatillon. Apenas los enemigos, que eran diez veces mas, percibieron la retirada, se pusieron en movimiento para atacar á los cruzados. Llegaron tan pronto, que no tuvo tiempo la re-

taguardia de cortar el puente que acababa de pasar, y los sarracenos se apoderaron del campo ántes que los enfermos que allí habia, se hubieran embarcado en las naves que los aguardaban. Todo se volvió entonces un espantoso desórden y una general carnicería. En el campo fueron degollados despiadadamente todos los enfermos, y los transportes que estaban en el rio cargados de equipages y de enfermos fueron tomados ó quemados por los del enemigo, al paso que embistió un numero prodigioso de sarracenos á todo el ejército por tierra.

Rendicion de S. Luis y de su ejército. No encontrando los sarracenos obstáculo, llegaron hasta donde estaba el rey que defendió con el mayor valor á Geoffroi de Sargines. Cuando estaba en la aldea de Kasal, conoció que era imposible defenderse contra los enemigos que rodeaban al ejército por todos lados. En vano se esforzó para abrirse camino por en medio de tantos batallones: los mejores guerreros despues de hacer prodigios de valor, cayeron muertos en el campo de batalla ó quedaron prisioneros. Como se temia la muerte del rey cuya enfermedad lo habia reducido al último extremo, un heraldo, ó porque hubiera recibido orden para ello, ó por su propia voluntad, se puso á dar voces diciendo, que rindieran todas las armas, no fuera á morir el rey. Obedecieron las tropas, y de este modo quedaron en poder del enemigo, el rey de Francia, Alfonso, conde de Poitiers, y Carlos, conde de Anjou,

hermanos suyos, y ademas todos los señores que habian quedado. Los bárbaros, en vez de compadecerse de tantos bravos guerreros, cuyo valor debieran haber admirado, se pusieron luego á degollar á todos los enfermos y heridos. Despues, habiendo separado á los gefes y oficiales de los soldados y criados del ejército, cortaron la cabeza á todos los de esta última clase, que se negaron á profesar el mahometismo.

Libertad de S. Luis. Valor de la reina Margarita. El sultan Almoadan tuvo con el rey las consideraciones que exigian la humanidad y la alta dignidad de S. Luis. Mandó que lo trataran con dulzura y respeto, y aun le envió su médico que en pocos dias lo curó completamente. Luego que el rey recobró su salud, pidió tratar con el sultan, y los dos príncipes concluyeron un tratado, cuyos principales artículos eran relativos á que entre ambas partes contratantes habria una tregua de diez años: que todos los prisioneros de una y otra parte, hechos despues de la tregua que concluyó Federico con el sultan Meledin, veinte años ántes, serian puestos en libertad: que los cristianos quedarian en pacífica posesion de todas las plazas que ocupaban en Palestina y Siria: que el rey pagaria ochocientos mil besantes de oro por el rescate de todos los prisioneros, y por el suyo entregaria la ciudad de Damietta al sultan.

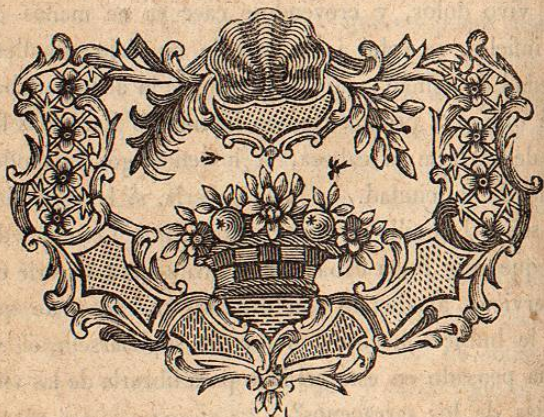
Este tratado debia poner término á un cautiverio, durante el cual, se hizo admirar el santo rey por la heroica firmeza, y la incontrastable fuerza de alma

que oponia á los insultos; pero una revolucion repentina lo puso en nuevos peligros. Los gefes mamelucos formaron una conjuracion contra el sultan, y despues de asesinar á este príncipe, amenazaron con igual suerte al rey y á sus caballeros. Con todo, sea que solo pensaran en espantarlos, sea que la avaricia los inclinara á medidas mas suaves, ello es que se decidieron á cumplir el tratado.

La reina Margarita se habia quedado en Damietta con otras princesas. Apenas supo la derrota entera del ejército y la prision del rey, cuando penetrada del mas vivo dolor, y creyéndose caer ya en manos de los infieles, se echó á los piés de un viejo caballero de edad de ochenta años que siempre la acompañaba, y le obligó á prometerle con juramento hacerle el favor de cortarle la cabeza, si los enemigos se apoderaban de la ciudad. ¿Quién creeria, si la veracidad del señor Joinville no lo acreditara, quién creeria, digo, que este buen caballero le prometiera hacerle este servicio, añadiendo con candor, que ántes de que ella le hubiera hecho el honor de suplicárselo, él ya habia pensado en este arbitrio para librarla de las violencias de los sarracenos?

La congoja que habia estimulado á esta virtuosa reina para hacer demanda tan singular, aceleró tambien el término de su preñez, y entónces dió á luz un hijo á quien dió el nombre de Tristan, para indicar las tristes circunstancias en que habia nacido. Pero la viveza de su dolor no le quitó la firmeza de

su alma. Fué para esta princesa motivo de un gusto inesplicable el ver venir al rey y demas señores al puerto de Damietta en cuatro galeras á las órdenes de Geoffroi de Sargines. El príncipe no entró en el puerto, y apenas salió de Damietta la reina y su comitiva, cuando tomaron los sarracenos posesion de la ciudad.



CAPÍTULO XIV.

NAPOLEON EN EGIPTO.

Dos beyes, á saber, Mourand é Ibrahim se habiau dividido el gobierno de Egipto quando se desembarcó allí Bonaparte el dia primero de julio de 1798. Los motivos inmediatos de la expedicion de treinta y seis mil hombres que envió el directorio á las riberas del Nilo, fueron las numerosas vejaciones que hacian sufrir los mamelucos á nuestros negociantes; pero un objeto mas grandioso, y mas profundo que la represion de sus insolentes piraterías, fué el que condujo en esta empresa al célebre Napoleon. Parece que una especie de atraccion providencial nos llama al Africa.